

Ruth Fainlight

Poemas

Lienzo 21
Universidad de Lima

Breve nota sobre Ruth Fainlight

Publica su primer libro, *Cages*, en 1966; y a lo largo de estas casi cuatro décadas, 12 libros más, siendo el último *Sugar-paper blue* (1997).

Ha escrito también libretos para óperas (dos de ellos por encargo de la Royal Opera House para su *Garden Venture*).

Su labor de poeta se ve extendida en la traducción. Ella pertenece a esa tradición de escritores que tienen el convencimiento de que para traducir a un poeta, nadie mejor que otro poeta. Por ello, la traducción se le convierte en una práctica más de la poesía. Imagina y recrea lo que fue escrito para un mundo lingüístico distinto. La traducción no consiste, como bien lo saben los lingüistas, en pasar equivalencias semánticas de un idioma a otro (culpa involuntaria de esto la tienen los diccionarios). Se trata de reinventar la realidad del texto a ser traducido.

Tan sólo por citar un pequeño detalle. Su traducción-versión de *Fuenteovejuna* de Lope de Vega desde el título es ya una re-escritura: *All Citizens Are Soldiers*. La poeta ha tenido que inventar para tratar de asirse al original. Es decir, su versión de *Fuenteovejuna* necesariamente o, mejor, fatalmente tiene que ser distinta. Pero esta fatalidad no le impide trabajar duro con las palabras para dejar en su versión en lengua inglesa la esencia de *Fuenteovejuna*. La traducción es, pues, como un juego de espejos deformantes: refleja una imagen distinta, pero que desea ser la misma.

Y Fainlight, al igual que Borges, desde muy temprana edad supo que su destino era literario. Asumió con naturalidad el hecho de escribir. Y, como Borges, también tuvo la suerte de no ver interrumpida su educación con la formación académica universitaria. Su educación literaria la debe al contacto directo con los libros, y al consejo de algunos buenos amigos.

Lo visual es de mucha importancia en su poesía. En sus poemas se puede apreciar no sólo la presencia de la pintura (otra de sus artes preferidas), sino también la del cine.

Por ejemplo, “Luna llena de agosto” tiene un comienzo cinematográfico. En los primeros versos se habla de una luna que es vista por ambos lados de un escritorio que está entre dos ventanas. La descripción nos hace recordar el paneo de una cámara. Es el ojo de una lente que con su paso inventa una escenografía, un espacio, un universo. Sus versos se convierten en ojos que develan un trozo de realidad.

En otro poema, “Pasajera”, podemos recordar la sensación que el cine nos provoca a los espectadores: seres privilegiados que ante nuestros ojos se desarrolla un mundo. Somos como la pasajera de un tren que ve pasar por su ventana “aquel hechizo urbano del anonimato” que le hace sufrir y entonces desear ser la niña que desde el andén, o desde una de las orillas del camino, ve pasar el tren que debería ofrecer un viaje a lugares de vida plena y no la sucesión de pequeños avatares que es la vida misma.

Ruth Fainlight se ha valido del mito griego de la Sibila para construir una imagen de la mujer contemporánea. Tiene un libro que lleva por título precisamente *Sibyls*, donde reúne algo más de 20 poemas, todos centrados en el mito griego.

En un poema titulado “La sibila délfica”, recrea el mito clásico. Pero no se trata de una perífrasis cultista, con referencias para iniciados. Más bien idea una inversión. Es un pretext-

to para hablar de la condición femenina en nuestros días. En el inicio del poema vemos a una sibila obediente, deseosa de complacer, cumpliendo con las ordenanzas con las que fue educada. Acepta su rol pasivo. No ha sido por decisión suya que se ha convertido en oráculo, ni tampoco ha sido por mandato del hado griego; ha sido por orden de los ancianos de Delfos (ese otro masculino) que lo hace. Tampoco es por su voluntad que brotan de su boca las grandes e irrefutables verdades, nuevamente son los ancianos de Delfos los encargados de tomar el rol activo: interpretan y finalmente pronuncian ante el resto los decires premonitorios que deben ajustarse a las necesidades políticas de la ciudad, a las exigencias de Apolo (tal como se lee en el poema).

Al final del poema, la sibila ha envejecido y está disconforme con su rol: indignada, agotada y convencida de todo “lo contrario a cuanto, tiempo atrás, di por hecho”.

Jaime Urco

Luna llena de agosto

Tanto si miro por una, como si elijo la otra, aquí en mi estudio
Donde la mesa ocupa una esquina entre dos ventanas,
La veo: la Luna llena de agosto. Avanzando laboriosamente
Hacia esta plenitud, desde ayer se ha liberado de sí misma,
Ha purgado y disuelto los humores que perturbaban su forma,
Haciéndola parecer hinchada y torpe, oscureciendo su amarillo
De cuero descolorido hasta llegar al rojo vetado, azotado,
De mejilla de anciana. Como si hubiese descargado sus venenos
En mis venas, hoy estuve casi enloquecida,
Saturada, confusa, apenas despierta o capaz de moverme
Entre casa y jardín. Pero la Luna, plateada
En un cielo sin estrellas, noche sin viento después de un día
De estasis y de Sol, desdeña tales efectos
En quien, por débil, sufre este vínculo agotador
Con sus necesidades: yo, que aquí sentada bostezo y
Tiemblo a pesar del calor de una noche perfecta,
Yo, que pronto me retiraré, vencida, a la cama, para huir más
allá
De los sueños, al vacío, huir de este momento en que
El Universo se confabula contra mí, para esperar a que todas
Las esferas avancen a sacudidas un grado, y de nuevo dejen
espacio.
Para una brecha por la que la esperanza y el cambio puedan
fluir.

(Traducción: Lucía Graves)

La sibila délfica

El trípode, las hojas de laurel, la túnica y el estilo
de una virgen, aunque yo era una honrada viuda cincuentona:
por mi mirada sobria y mi docilidad
me eligieron los ancianos de Delfos y me enseñaron
lo que había que hacer con el trípode y las hojas de laurel.
Me ofrecieron bebida del arroyo sagrado, me mostraron
la hendidura en la roca donde debía sentarme y respirar
vapores mefíticos y mascar las hojas hasta que
la cabeza me diera vueltas y las palabras me salieran turbias.
Aquellos caballeros, de las mejores y más antiguas
familias de Delfos, los sacerdotes nobles de nuestra ciudad,
me abrumaban totalmente. Yo era una mujer simple,
obediente, deseosa de complacer, y me honraba
aquel papel. Y aunque hubiera querido,
aunque me hubieran sobornado, no había posibilidad alguna
de torcer los augurios. Los solicitantes
ofrendaban sus preguntas escritas primero a los ancianos,
cuyas interpretaciones de mis desvaríos drogados,
mascullados, quedaban determinadas por
las exigencias de Apolo y las necesidades políticas de la ciudad.
Yo era un oráculo ideal, me dijeron.
Así fui envejeciendo, aunque siempre más confusa,
indignada, agotada, y en todos los sentidos
lo contrario a cuanto, tiempo atrás, di por hecho.

(Traducción: Lucía Graves)

La otra

Todo lo que encuentre, si busco, será desacertado.
He de esperar: la más severa prueba de todas, esperar sentada,
Pasiva, receptiva y paciente, desprovista
De toda exigencia y deseo, hasta que
Aquella otra, aquel ser que jamás habría encontrado
Aunque me pasara la vida entera buscándola, salga
De las sombras, y se acerque como una niña salvaje, desgarbada.

Y ésta será la tarea más larga: atender,
Abrirme. Más me cuesta calmar mi energía
Que usarla para cualquier causa.
Sin embargo, sé que ella sólo se revelará
Empujando contra la corriente de mi naturaleza
Siempre deseosa de opciones. Siento el dolor
Y la fuerza, como en un parto sin pausa.

Debo reprimirme, que no me tiene la acción,
Y así dejar que se acerque, con sonrisa cautelosa en el rostro,
Un brazo en alto –para saludarme o para evitar el ataque
(No logro descifrar aquel gesto incierto).
Debo controlar incluso el ritmo de mi respiración
Hasta que haya trazado su círculo lo bastante cerca
Para poder captar la nota de su voz débil y aflautada.

Y luego, como cuando en sueños recordamos
Un lenguaje no hablado desde antes de la infancia
(Cuando yo era tan tímida como ella, mi olvidada hermana–
Su presencia mi realización y mi recompensa),
Comienzo a entender, en fragmentos, el mensaje
Que tanto esperó entregarme. Amándola aprenderé
Por fin mi propio secreto, en las palabras de su canción.

Pasajera

No mirar los trenes que pasan, soñando en el día en que sería yo aquella viajera, vista fugazmente dentro del vagón pasando veloz ante una niña que mira y sueña, sino ser yo la pasajera

que fija la vista fuera, en los altos bloques de apartamentos cuyas formas desnudas se perfilan contra el Sol poniente y contra barras de nubes plumizas: balcones atestados de escalas, cajas, ropa tendida, plantas muertas en tiestos,

a través de ventanas iluminadas, empañadas, donde las mujeres cocinan y los hombres, recién llegados del trabajo, zapatos desechados y camisas arremangadas, fuman, tendidos, exhaustos, en sus butacas abatidas y a medio pagar,

bajo viaductos donde unos niños, entretenidos con juegos privados y recados, revolotean y cantan como pájaros al atardecer: todo aquel hechizo urbano del anonimato que me hace sufrir

tanta nostalgia por una vida rechazada y repudiada, que me hace querer abandonar el tren, bajar la calle hasta volver a mi barrio de lavanderías, quioscos, tiendas de comestibles,

ser de nuevo aquella niña que mira y sueña y esta vez aceptar su vida – un solo momento bastó, luego la boca abierta de un túnel nos ocultó a los dos, la dejó atrás.

Dibujo perdido

La silueta invernal de árboles desnudos
contra un cielo turquesa, claro y frío
nada más ponerse el Sol: durante la guerra,
en casa de mi tía, en Virginia, intenté
dibujarlos –árboles semejantes a éstos
ingleses que ella nunca vio– y ahora,
los árboles de mi jardín me hacen sentir
la primera punzada de dolor desde su muerte.

Entre barreños y armarios llenos
de melocotones en conserva y confitura de uva,
acurrucada en una silla rota de mimbre,
yo miraba hacia arriba por la ventana del sótano.
El bloc sobre las rodillas, con pinceles y
botellas de tinta negra, tinta azul, y agua,
quería sugerir la espesura
de sus troncos, el misterio
de cómo una rama echa cien brotes,
la profundidad y el poder del anochecer.

La oí cruzar el porche, sentí crujir las tablas
del suelo de la cocina. Al ir oscureciendo,
aquel halo de luz que perfilaba
las intersecciones más finas,
se desvaneció. La noche absorbió los árboles
la casa de la mujer y la niña
dentro de sí, se guardó cada aspecto
de aquel tiempo vivo,
para devolverme hoy el recuerdo
de mi tía muerta y mi dibujo perdido.

Vertical

¿Quién me dijo mi lugar?
Se necesitan muchas vidas
para engendrar a un verdadero creyente,
siglos para producir
a alguien que por instinto supo
que el único movimiento posible
era hacia arriba o hacia abajo.
No existe espacio para mí
sobre la superficie de la Tierra.
Lo que es horizontal equivale al desencanto
pues sólo lo vertical está a mi alcance.
Pero me libero por el lenguaje
y escapo a través de la palabra
que no tiene dimensiones
ni ubicación precisa
ni exige lealtades,
lo cual me permite ser libre
para cualquier definición:
Judía. Mujer. Poeta.

(Traducción: Blanca Varela)

Cartera

La vieja cartera de cuero de mi madre,
repleta con las cartas que cargó
toda la guerra. El olor
de la cartera de mi madre: mentas
y lápiz de labios y polvos Coty.
El aspecto de esas cartas, sobadas
y gastadas en los bordes, abiertas,
leídas y tantas veces dobladas.
Cartas de mi padre. Olor de cuero
y polvos, lo que siempre
desde ese momento ha significado
ser una mujer
y amor y angustia y guerra.

(Traducción: Blanca Varela)

Como la Olimpia de Manet

Como la Olimpia de Manet. Desnuda en el calor de la tarde y la umbría luz amarillenta, mi tía yace sobre la verde seda arrugada del cobertor. Cabellos lisos, cabeza erguida, piernas cortas y aunque bien torneadas, turgentes senos tan similares al cuadro del que me acabo de enamorar, que vacilo en el umbral de la puerta, casi temerosa de entrar.

A través del polvoriento haz que divide el espacio que nos separa, vi su reflejo, pálido como una criatura marina, flotando en el fondo del espejo de un tocador, fragmentos de Sol sobre un enjambre de frascos y botellas –severos ojos que me desafían a acercarme.

Pero ésta era una pequeña casa en Virginia, no el París de los artistas. A pesar de volúmenes encuadernados de Schopenhauer y Baudelaire y los programas de ópera de los sábados, su estética era impotente ante el poder de los suburbios. La soledad, el temor, la vanidad, le impedían devaneos y me convirtieron en su único público y su adorante víctima.

Sobre el arte y la belleza, la soledad
el temor, la vanidad, cuánto me enseñó.

(Traducción: Jorge Capriata)

La boda copta

Han pasado décadas, y aún sigo murmurando
las mismas estúpidas líneas.

Observo un ave en el parque
y no recuerdo cómo se llama,
pero me lo pregunto de nuevo,
por enésima vez.

Las jóvenes se comportan
como si se les hubiera hecho creer
que un alarde de ignorancia
cautiva a todo admirador. En alguien
de mi edad, resulta una pesadez.

¿A quién perjudicaban
las reiteraciones de mi madre,
sus nerviosas negativas,
sino a ella misma? Mi impaciencia
cuando insistía no haber estado en, oído
o hecho, lo que fuera,
(como una niña siempre culpada)
todavía me avergüenza.
Parecía temerle a todo.

Ser tonta –o llegar a parecerme a ella–
era mi peor temor
cuando niña. Cuando olvido, ahora,
el nombre de una cosa,
la exhumo como por encanto.

Ruidosa celebración,
clamores y el palpar de tambores
a través de formales senderos
y macizos florales, arrastraban
a todos los paseantes domingueros
hacia su origen: una boda copta,
un círculo danzante
de hombres de blancas túnicas y chicas
con pies de alheña
rodeando a una pareja
de solemnes rostros rematados por áureas coronas.

Nuestro apetito ceremonial saciado,
lado a lado contemplamos.
Ninguna de las dos se quedará tranquila hasta que
viejas promesas se cumplan,
olvidados ritos se celebren.

Distante de sus propios antepasados
así debió sentirse, desarraigada
como esos novios.
Reconociendo a un pinzón, lo supe.
Todos nos desviamos de nuestras órbitas.

(Traducción: Jorge Capriata)

La medialuna

Mi barra de ungüento para labios se ha gastado
hasta formar la misma medialuna
que fue lo primero que advertí
sobre el lápiz labial de mi madre.
Marcada la presión de su existencia
sobre el mundo de la materia.

Imaginen la severa fijeza
de mi mirada, observándola untar
la brillante grasa sobre sus labios
desde un tubo lustroso como una bala.
La forma en que ella la alisaba
con la punta del meñique
(la traza que dejaba, aun luego
de lavarse las manos, explicaba
lo de “dedito rosado”) y su lengua puntiaguda
lamiendo como la de un gatito,
fascinaba, irritaba.

Era parte del misterio de
los sostenes, las polleras y las carteras
cuyo significado era ser adulto. Yo pensaba
que a mis propios talones les tendría que salir
una suerte de espolón que se insertara
en el agujero interior de los tacos altos.
Ahora estoy más tranquila y ya no
me pinto los labios salvo con esto,
pálido como un cadáver kosher
o una vela votiva,
la cera cuajada por un costado,

como si enfrentara al viento
que sopla desde el pasado, llama
reflejada como una luna creciente
contra una nube
en el estanque de luz derretida.

Porto el signo de la luna
y de mi madre, un talismán
en un pequeño tubo de plástico
dentro de mi cartera, una reliquia santa
fundida por los besos
de los creyentes, y cada vez
que me suavizo los labios con el ungüento
los siento cerrarse y abrirse
en la eterna sonrisa
de su supervivencia a través de mí,
y siento su boca sobre la mía.

(Traducción: Mirko Lauer)

Una sibila

Sus ojos de mirada retraída
como los de un ave empollando sus huevos.
¿Qué voz está escuchando?
Ansiosos, los que preguntan, esperan
esas palabras; pero ella está tranquila
y serena, pasando las páginas de su libro
a las que ni siquiera lanza una mirada
antes de que su dedo señale el mensaje:
esta cueva familiar es como un nido
y ella su legítima inquilina
–ya nunca más forzada a tener
que elegir entre dos mundos–

(Traducción: Blanca Varela)

Trueno

Soy muy buena haciendo trabajos de chimpancés:
pelando almendras, escogiendo guijarros de las lentejas,
rascando comida pegada a una manga o a un cuello.
Me satisfacen la repetición, la superstición,
y conozco el miope rechazo
a mirar por encima del horizonte o más allá de él.
La mitad de mi naturaleza es tan simple como un campesino
medieval. La otra no, y ése es el problema.

Es más difícil poner la fecha al complejo de descontentos
que comparte cualquier primate metafísico,
quien pronto aprende que el dolor es más seguro que el placer.
Un dedo del pie golpeado duele, y el alma se afirma
por el mismo principio. Pensamientos así son intemporales,
como preguntarse cómo empezaron los planetas a girar
y por qué uno no puede vivir para siempre.
Las elegías deben ser la forma artística más antigua.

El trueno retumba desde las colinas del norte, y la lámpara
de mi escritorio parpadea. Alguna vez hubiera sido
un augurio, la voz de un dios o una huella de siete leguas.
Ahora es sólo una molestia o una advertencia
sobre lo fácilmente que podría terminar el mundo.
Hay días en el presente en que imagino, lejos
en el futuro, a alguien cavilando sobre las primeras y las
últimas cosas,
lamentando a los muertos, y cuidando su jardín.

(Traducción: Mirko Lauer)